



«El agua fría» y otros cuentos Ronald Gerardo Hernández Campos

EL AGUA FRÍA

... para Jairo Montiel

Todo se resume en que nadie quiere pareja, o no se está preparado, o nadie tiene tiempo... Discutían Jack y Roy una vez que salieron a tomarse algo y a escuchar música, una noche cualquiera.

Definitivamente no se tragaron la idea de que *el amor coloca y transforma lo que toca* que imitaban desgalillados otros maes en el bar. A estas alturas del partido ambos ya estaban bastante desencantados del asunto amoroso, al parecer. Después de un rato, sangría, cerveza y el zarpe: dormir juntos, lo mejor de la noche.

Tocó la despedida. Cinco de la mañana. Madrugada inoportuna. Después de una agradable noche, volver a la realidad. Roy recordaba las palabras de Jack en el baño... Es que yo me conozco, yo ahorita no quiero una pareja... Por supuesto, ya Roy había hecho su propio análisis luego de haberse lavado y alistado con una velocidad nada habitual... No es que no quieras pareja, es que la espantás con agua fría...

PASOS PARA ATENDER UNA LLAMADA DESCONOCIDA

Me pareció escuchar afuera una ambulancia, lo mismo que podía ser una patrulla, es difícil de distinguir cuando no tenés visibilidad mientras estás sentado en la sala, cabeceando, dizque viendo una película. Las puertas suenan cada tanto. Las de casa son empujadas por el viento. Las de fuera yo no sé.

La hora no es muy exacta, o he debido perderme una hora, porque son las once y media de la noche; en Heredia hace calor, pese a la lluvia. Alguien camina fuera del departamento. Me asomo por la ventana y uno de los tantos gatos del criadero que se ha hecho afuera me aparece en la ventana de repente: imaginarán mi reacción.

Llegan los mensajes habituales y los esperados de buenas noches, más uno de un número desconocido. Llamo antes de contestar porque no hay foto de perfil. *Lo sentimos. El celular que usted marcó se encuentra apagado o fuera del área de cobertura, por favor vuelva a intentarlo más tarde.* No habrá un segundo intento. Borro el mensaje porque debe ser de un número equivocado.

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Sigo viendo mi película, a la que ya le he perdido el hilo, y ahora no sé a quién persigue el héroe o por quiénes es perseguido él, más bien. Suena de nuevo una ambulancia o patrulla fuera de la casa que va subiendo, probablemente con rumbo a Santo Domingo.

Los pasos en el lastre donde quedan los carros parqueados también se vuelven a oír. Esta vez no hay un gato que me espante, me asomo por la ventana e incluso abro la puerta. No hay nadie afuera. Los otros departamentos están a oscuras. Andate a dormir, es mi única idea.

Ya en pijama, con las sábanas puestas, el viento vuelve a mover las puertas de adentro. Una puerta de otro departamento se cierra, o se abre: yo no sé. Me estoy quedando dormido, cuando entra un mensaje (a una hora malsana como desear buenas noches o pedir algo): *estoy afuera, llevo rato congelándome aquí, mae*. Otro número desconocido. Tiré el teléfono contra el suelo. Ni esperaba a nadie, ni se me ocurrió querer averiguar quién esperaba a que le abriera la puerta.

El teléfono vuelve a sonar, a pesar de estar medio desarmado. Contesto. El celular que usted marcó se encuentra apagado o fuera del área de cobertura, por favor inténtelo más tarde. No había llamado. Era absurdo. Pero al levantarme, salir del cuarto y con el temblor de las manos suficiente, para abrir la puerta suena una tercera vez el celular, que continúa sin batería. Un nuevo mensaje. *Buenas noches*. El mismo número que ya había borrado. *¿Me vas a abrir, ahora sí, mae?*, mensaje seguido. Estoy parado frente a la puerta y no me puedo mover.

LA PRUEBA, O EL ÚLTIMO EJERCICIO KAFKIANO

La tortura venía en forma de examen: las hojas parecían ser infinitas; habíamos disfrutado el curso, pero eso no quitaba el hecho de que las preguntas de la prueba fueran incontables y, por decirlo de una manera, iban en aumento en cuanto a dificultad; creo haber estudiado bien. Los nervios en el aula estaban crispados en general; el colapso mental de algunos, la dicha de otros, habituados a las pruebas, al evaluador; algunos parecíamos fantasmas traslúcidos de cuya forma se desbordaban los conocimientos, u otra cosa, por la nariz.

Como bien se suele en estos casos salir librado, la mayoría dejó el aula sin la mayor pena, y evidentemente sin la mayor gloria también. Algunos fuimos quedando, cada vez menos. De pronto me di cuenta que solo quedaba yo, que no había avanzado de la primera página, de la primera pregunta: me había dormido, o quizás había quedado en shock ante el primer enunciado. No lo sé con exactitud, ni lo sabré: en el momento en el que me dispuse a responder el profesor me quitó el examen.

Ronald G. Hernández Campos. Nació en San José, Costa Rica, en 1989. Estudió las carreras de Enseñanza del Castellano y Literatura y Filología Española, en la Universidad de Costa Rica. Actualmente es estudiante de la maestría académica en Literatura Latinoamericana (UCR). En el ámbito laboral, trabaja como profesor de español de secundaria, tanto para el Ministerio de Educación Pública como para el sector privado. En el ámbito literario, ha publicado narrativa y poesía en diferentes revistas literarias (Humanidades, Revista de Lenguas Modernas, Letralia, Voz UCR). Es autor del libro de relatos *Libre(ta) de cargas* (2017, Editorial Eva).